

LA BANDA MUNICIPAL

Ya tenemos banda municipal. Anoche, ante un público selectísimo, que llenaba por completo el teatro Español, dió su primera audición, que constituyó un magnífico concierto de inauguración, aunque oficialmente era sólo un «ensayo general del primer programa».

Apremio de espacio impídenos extender tanto como fuera nuestro deseo esta noticia. Hemos de comenzarla diciendo que el éxito fué completo, rotundo, y el entusiasmo del auditorio, tan vivo, espontáneo y constante cual mereció la notabilísima labor de los profesores congregados bajo la dirección de los maestros Villa y Garay.

Dirigió el Sr. Villa. Interpretóse primeramente una *Marcha solemne*, escrita expresamente para la banda por el celebrado director del Real. Es la composición de brillante factura, de claros motivos y de excelente efecto de sonoridad. Gustó mucho y se aplaudió con insistencia. El maestro Villa, por exagerada modestia, dejó pasar los aplausos y no bisó.

Vino luego el *Andante cantabile* del cuarteto de Tschaikowsky. La obra, bien conocida de los *dilletanti*, escrita exclusivamente para cuerda, con la parte principal para violín, no resulta adecuada para el lucimiento de una banda; pero el maestro Villa la ha incluido en el programa como un alarde ó como una prueba magna para la madera. Y á fe que su propósito fué coronado por el triunfo, porque los profesores de aquella familia hicieron sencillamente un prodigio de expresión. El público lo premió con tan nutridísimas salvas de aplausos, que hubo de repetirse todo el tiempo en que llevan el canto los clarinetes.

La *Rapsodia húngara* (núm. 2), de Liszt, cerró la primera parte. Se ha oído tanto la *Rapsodia*, que no se esperaban en su ejecución grandes novedades. Las hubo, sin embargo, pues tal era la riqueza de matices en las cadencias y claroscuros y tal la limpieza de mecanismo, que algunos pasajes adquirieron singular relieve.

Los últimos acordes fueron ahogados por la ovación. El Sr. Villa mostróse pronto á bisar; pero el público, dando pruebas de justa consideración, se opuso. Realmente los profesores necesitan descanso.

Transcurrido el que se marcaba en el programa, reanudóse éste con la soberbia obertura de *Oberón*. La banda tocó esta pieza con mucho ajuste, venciendo con agilidad todas las dificultades de ejecución y obteniendo brillantes efectos.

Se aplaudió largamente. Pero donde el entusiasmo comenzó á subir, á punto tal que se desbordó en ovación ensordecedora, fué en el número siguiente, la fantasía de *La Walkyria*. Villa la llevó como él, wagneriano férvido, sabe hacerlo; y los profesores, identificados con el maestro, realizaron una labor pasmosa, magistral, poniendo en ella unción, ánimo. Fué como una gran corriente espiritual que fundió por un instante el sentimiento de los intérpretes y el sentimiento de los oyentes: un momento de verdadera emoción artística.

Se repitió la ovación. La gente, sin abandonar las localidades, colmaba de aplausos y de bravos á los músicos. Varias voces pidieron el desfile fúnebre del *Ocaso de los dioses*; el maestro Villa no pudo sustraerse al impulso de complacencia..., y de nuevo los profesores ocuparon sus puestos.

Si magistral había sido la interpretación de la fantasía, aun fué mejor, más perfecta, más acabada, la de la marcha.

¡Qué amplitud en la sonoridad! ¡Qué intensidad de expresión! La gran página de Wagner será una de las obras que proporcionará más éxitos á la banda.

El público, conmovido, electrizado, prorrumpe de nuevo en aclamaciones entusiásticas.

Villa, queriendo hacer partícipe de ellas a su compañero el Sr. Garay, cedióle el puesto para que hiciera el obsequio de una segunda «propina». Garay, que es un especialista en el colorido de las marchas y bailes, dirigió el bonito pasodoble que se titula *La gracia de Dios*. Fue un lindo número. Los músicos hicieron primores de adorno, matizando graciosamente la fresca y sentida melodía del popular pasodoble.

El auditorio salió satisfechísimo del «ensayo». Todas las opiniones coincidían: Madrid tiene una banda digna de la capital del Reino. Por su composición, por su timbre, por la fusión y armonía dentro de cada cuerda, por todos sus elementos y por sus directores, la banda municipal de la villa y corte se coloca desde el primer día a la altura de las mejores del mundo.

No terminaremos esta nota sin consignar que agradó el uniforme por su elegancia y severidad, y sin tributar nuestro aplauso a la representación del Municipio madrileño por el resultado de su iniciativa. Alcalde y concejales merecen plácemes por esta institución, que hace honor a la cultura artística de un pueblo. Y la felicitación ha de extenderse a los maestros Villa y Garay y a todos los profesores.

A la audición asistieron SS. AA. las infantas doña Isabel y doña Teresa y el infante D. Fernando. Las augustas personas aplaudieron constantemente.